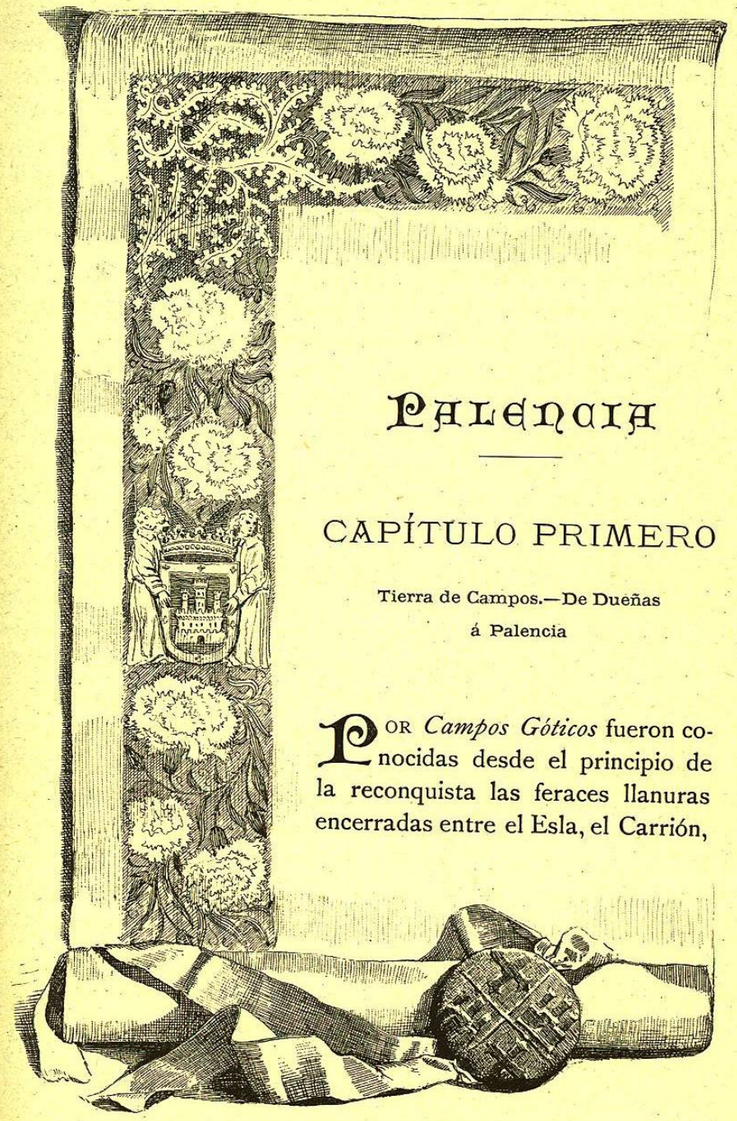
circular á modo de estrella cercada de característica moldura. Pero la salida de enfrente, que da al atrio del derruído templo, reserva al viajero la más agradable sorpresa. Compónenla cinco arcos laterales sostenidos por grupos de columnas pareadas que apoyan como en los claustros sobre un zócalo corrido, sirviendo de portal uno de ellos y los restantes de ventanas, según se acostumbra en ciertas aulas capitulares. Festonean su semicírculo las estrellas ó cabezas de clavo, en cuya sencilla combinación conforme sea el punto de vista tan variados dibujos se encierran: follajes desplegados en airosas volutas, trenzados que entretejen canastillos, figuras de hombres y aves enlazadas y revueltas con gruesos tallos, rivalizan en adornar con fecundidad prodigiosa los capiteles. En una de las ventanas, que se distingue de las otras por hallarse partida en dos á manera de ajimez, adviértense arrimadas á las columnas ó labradas en sus mismos fustes, de tamaño algo menor que el natural, tres efigies sin cabeza, una con alas de ángel, otra con palma de mártir, todas con las manos mutiladas, lo mismo que otra de mujer sentada al otro lado del portal. ¿Qué representan? ¿de dónde proceden estas figuras misteriosas, de severo aspecto y tosca ejecución? no parecen hechas para aquel sitio, y probablemente fueron recogidas de entre los escombros del contiguo templo, como víctimas de un naufragio.

Cuando desaparecen de lo alto del muro los últimos reflejos del sol poniente, la oscuridad, el silencio, aquellos destrozados cadáveres de piedra, y los humanos despojos que arroja de vez en cuando el removido suelo evocan del fondo del alma graves y lúgubres pensamientos. Creeríase uno en la región de la muerte, lejos, muy lejos de la morada y sociedad de los vivos, si alguna vez no se interrumpieran las meditaciones en que se abisma el alma con el chasquido del látigo, con la gritería de los conductores y el rodar de las diligencias que por la inmediata carretera de León pasan indiferentes y rápidas, como el movimiento del siglo por entre las ruinas de lo pasado.



PALENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Tierra de Campos.—De Dueñas á Palencia

POR *Campos Góticos* fueron conocidas desde el principio de la reconquista las feraces llanuras encerradas entre el Esla, el Carrión,

el Pisuerga y el Duero (1), que los sencillos y fuertes vacceos cultivaban antiguamente. Ignoramos por qué razón se particularizó en esta comarca el epiteto de los dominadores de la península entera, á no ser por el recuerdo de la prolongada lucha que en ella sostuvieron con los suevos de Galicia corriendo el siglo V: ello es que no aparece así denominada hasta que Alfonso I la recorrió triunfalmente, helando de terror á los sarracenos, á mediados del VIII. Más adelante se la llamó Tierra de Campos circunscribiendo sus anchos límites; y aunque retuvieron el sobrenombre del distrito muchos pueblos de los cercanos, redújose su término propiamente dicho al espacio que media entre las márgenes del Sequillo y las inmediaciones de la orilla derecha del Carrión, abarcando todo el sudoeste de la provincia de Palencia y una estrecha zona de la porción confinante de la de Valladolid (2). Dilatadísimos y rasos horizontes, inmensas sábanas de mieses que ondulan como un mar agitado, en medio de las cuales asoman como navíos las torres parroquiales de sus villas, tal es la imagen que despiertan en la fantasía y el aspecto que presentan en verdad aquellos vastos graneros de Castilla, cruzados por el canal que para dar salida á sus cereales abrió la mano benéfica de Fernando VI.

Desde el campanario de la iglesia de Frechilla, población en otro tiempo más crecida y fuerte, pero que á su posición céntrica más bien que á su importancia debe el ser ahora cabeza de distrito, descúbrese en extenso llano la mayor parte de las villas que lo componen, algunas harto más grandes y populosas que ella misma. Á oriente y mediodía serpentea el brazo del canal que se denomina de Campos; al poniente corre escaso

(1) *Occupavit Campos Gothicos*, dice el arzobispo D. Rodrigo hablando de Alfonso I, *qui ab Estola, Carrione, Pisorica et Dorio includuntur*. Nómbralos también el Albeldense: *Campos Gothicos usque ad flumen Dorium erematavit.*

(2) De las treinta y cuatro villas que formaban últimamente el distrito de Campos, sólo cinco pertenecen á la provincia de Valladolid y las demás á la de Palencia, á saber: once al partido judicial de la ciudad, quince al de Frechilla y tres al de Carrión.

de aguas el Sequillo; al norte, donde termina el nombre de la comarca, aunque continúa igual el aspecto del país, aparecen Mazuecos, Villalumbroso y Cisneros, ennoblecida con el glorioso apellido del cardenal, y en una de cuyas ermitas los genealogistas han querido ver un ascendiente del modesto Francisco Jiménez en aquel caballero de la Banda que yace sobre una hermosa tumba de alabastro sostenida por seis leones, como si necesitara de heredados timbres quien ha ilustrado con los suyos su religión y su patria.

Tan desnudas y bajas como son las márgenes del Sequillo, todavía de norte á sur marcan su línea frecuentes pueblos, y en sus intermitentes caudales se reflejan numerosos puentes ya de madera ya de sillería. Villada es lugar de mercado y de más de dos mil almas, sobre cuyo señorío competían á principios del siglo XVI el duque de Alba y el almirante de Castilla; siguen asimismo sobre la derecha Villacidaler y Boadilla con sus alamedas y las insignificantes ruinas del monasterio cistersiense de Santa María de Benavides (1); más abajo se agrupan unos en frente de otros Herrín, Villafrades y Gatón, pertenecientes á la provincia de Valladolid, de los cuales el primero se distingue por sus iglesias, antiquísima la de Santa María, grandiosa y elegante la del Salvador, y Villafrades por

(1) Existía desde 1169 este monasterio, al cual Alfonso VIII diez años después cedió la heredad de Bene-vivas, cuyo nombre se corrompió en el de Benavides. En medio de su iglesia se hallaba un sepulcro con efigie yacente de caballero, y en él este singular epitafio que transcribimos á pesar de creerlo bastante posterior á la fecha del fallecimiento. «Sabuda cosa sea que don Rodrigo Gonzalez fué uno de los mas nobles omes de España, de mañas y de linaje, e fizo mucho bien á fijosdalgo en casar e criar, e fizo por sus manos mil y ducientos y cincuenta y cinco caballeros, e á la sazon que él murió guardábanlo ocho ricos omes con sietecientos caballeros, que eran todos sus acostados e sus parientes, e á su finamiento eran con él ducientos y cincuenta y cinco caballeros de sus vasallos. En esta sazon era casado con doña Berenguela Lopez hija de don Lope y de doña Urraca; ella por sí era una de las mejores dueñas que eran en España. En esta sazon reinaba el rey D. Alonso en Castilla e en Leon, e avia guerra con el rey don Jaime de Aragon, e finó don Rodrigo Gonzalez en el mes de febrero, que fué en era de MCCXCIV (año de C. 1256).» Éste pasa por el progenitor de los Girones y Pachecos, hijo de Gonzalo Ruiz Girón, competidor de los Laras, de quien se habla más adelante.

el severo castigo que le impuso el regente cardenal Cisneros arrasándola en su lucha con los magnates castellanos. Junto á la intersección del río con el canal está sentada Villarramiel, donde bulle el tráfico y abunda la gente más que en otra alguna de dicha ribera, descollando sobre sus casas la torre de San Miguel, que hundiéndose luégo de reedificada en 2 de Febrero de 1776 sepultó un centenar de víctimas bajo sus escombros.

Toma el canal sus aguas del río Carrión y despréndese de los ramales del norte y del sur, junto á la vastísima laguna que se apellida la Nava, surtida por varios riachuelos y frecuentada en invierno por bandadas de aves acuáticas y en estación menos lluviosa por copiosos rebaños de toda clase que pacen su lozana yerba. En su circunferencia están situadas cinco villas que en común la poseen y explotan con provecho, Mazariegos, Villamartín, Grijota, Villaumbrales y Becerril, las dos primeras en raso y pantanoso terreno, en amena y frondosa campiña las restantes. La más importante de todas es Becerril con su antiguo caserío, sus seis parroquias, su magnífica casa de ayuntamiento y sus fábricas de estameñas; y más parece haberlo sido cuando en 1333 presenció la conferencia de Alfonso XI con el infante D. Juan Manuel y con D. Juan Núñez de Lara, quienes no fiándose del justiciero rey, desaparecieron al otro día del convite, y cuando en 1521 venció allí á los comuneros el condestable, haciendo prisionero á su caudillo D. Juan de Figueroa. Sin embargo, superóla siempre y la supera todavía Paredes de Nava, que dobla su vecindario y alcanza á seis mil almas repartidas en cuatro parroquias: la de Santa Eulalia, en cuya pila fué bautizado Alonso Berruguete, conserva de su inmortal feligrés un precioso retablo mayor, por desgracia mutilado, en el cual no ceden las pinturas á sus famosos relieves. Muchos señores se sucedieron en la posesión del castillo que dominaba á Paredes, desde que la pobló hacia 1170 Fernando II: el revolvedor infante D. Juan que la obtuvo en 1301, y á nombre del cual había resistido cinco años antes á las armas de la reina

María; el aragonés D. Felipe de Castro casado con una hermana de Enrique II; el sobrino de este rey, D. Pedro conde de Trastamara, á quien la tuvo por algún tiempo usurpada su primo el conde de Gijón; D. Juan rey en Navarra é infante en Castilla; y por confiscación de su patrimonio en 1430, la recibió del soberano el adelantado Pedro Manrique, en cuyo hijo Don Rodrigo, penúltimo maestre de Santiago y padre del dulce poeta Jorge Manrique, recayó la villa con título de condado. Más abajo de Paredes sobre el mismo canal, florece también en industria y comercio Fuentes de Nava ó de D. Bermudo, perpetuando en este nombre no sé qué vago recuerdo de remota fundación ó de ignorado señorío.

«No se llame señor, decía un adagio, quien en tierra de Campos no tenga un terrón:» mal podía pues el poder feudal en este país tan codiciado, no dejar huellas de numerosos castillos. Hasta nuestros días casi, conservó Castromocho el suyo, fuerte y magnífico, propiedad del conde de Benavente; Autillo debe su nombradía al que sirvió de refugio en 1216 á la insigne reina Berenguela contra las persecuciones de D. Álvaro de Lara, hasta que la desgraciada muerte de su joven hermano Enrique I obligó á levantar el cerco al ambicioso tutor y la llamó á reinar para ventura de Castilla. Allí reunida con su hijo la generosa madre, resonó al aire libre y junto á la ermita del castillo la primera voz que proclamó rey á Fernando el Santo, y la villa fué la recompensa dada á Gonzalo Ruiz Girón, uno de los más fieles y activos campeones de la causa de la reina durante su pasado ostracismo. No despierta recuerdos tan gloriosos el castillo de Belmonte perteneciente al duque de Nájera; pero en la monótona llanura se elevan con tanta gracia sus cuatro cubos sobre la plataforma ceñida de matacanes, que bien merece una mirada del artista aquel lindo y acabado dije, no menos que las delicadas esculturas platerescas de la capilla, principiada un tiempo á espaldas de la mayor en la parroquia del lugar. También Meneses para residencia de sus señores

poseería su fortaleza, cuando desde el siglo XII dió apellido á la nobilísima alcurnia portuguesa, tan poderosa como leal á la ínclita madre de San Fernando, y de cuya munificencia hallamos memorias en los monasterios todos de la comarca (1).

Descuella empero allá en dicha línea de monumentos la famosa Torre de Mormojón, que el vulgo en su pintoresco lenguaje apellida *estrella de Campos*, como si fija en la bóveda celeste, sirviera de norte al viajero perdido en espacios interminables. No sabemos si sería violento derivar su nombre de *mojón de los moros*, remontando su origen á la época remota en que marcaba la frontera respecto de los infieles; lo cierto es que en 1124 estaba confiada su tenencia al conde D. Pedro de Lara (2). Desmoronado por dentro, ostenta el castillo robustos en apariencia sus numerosos torreones, sobresaliendo entre ellos grandioso é imponente el del homenaje; y á la raíz del aislado cerro que le sirve de pedestal, yace el pequeño y antiguo pueblo. Sus vecinos en 1521, saliendo en procesión y con traje penitente, imploraron no sin fruto, la clemencia de Juan de Padilla, cuando ávidas y sañudas acudían sus huestes á combatir la fortaleza que acababan de ocupar por sorpresa los imperiales: rindióla al cabo de breve sitio el capitán navarro D. Francés de Beamonte, mientras que á la belicosa voz del obispo de Zamora, los comuneros asaltaban los muros de la vecina Ampudia y se les abrían las puertas de su castillo, para replantar en él el pendón de su señor el conde de Salvatierra, uno de los pocos magnates decididos por el alzamiento.

Todavía encima de Ampudia conservan las cuadradas torres sus almenas; mas no son éstas las que principalmente fijan la atención del que se acerca á la muy nombrada villa, sino la de su iglesia colegial que de lejos aparece robusta á la vez que

(1) Matallana, San Mancio, la Espina, San Cebrián de Mazote, Palazuelos, Retuerta. Véase atrás página 273.

(2) En un documento de esta fecha que cita Salazar y Castro, firma como testigo el conde *dominante in Lara et in turre de Mormolion*.

ligera, con cierta semejanza á la de Toledo. Imítala en los dos estribos que avanzan de cada uno de sus ángulos, y con istriados pilares, balaústres y candelabros como que aspire á producir el efecto de la gótica crestería, mayormente en el segundo cuerpo octógono y en la aguja del remate: de cerca se descubre que la obra, poco más feliz en su remedo que la fachada superior de San Pablo de Valladolid, no data tal vez más allá de los tiempos del duque de Lerma, que en 1608 hizo trasladar á la parroquia la antigua colegiata de Husillos. El templo de tres naves, que se comunican por arcos de medio punto y cuyas bajas bóvedas se revistieron posteriormente de crucería, no pertenece á una sola época ni á orden determinado; agudas ojivas forman sus portadas laterales. En la capilla mayor yacen sobre túmulos las efigies de los nobles Herreras y Ayalas sus patronos (1); en la de San Ildefonso la de D. Alfonso de Fuentes canónigo y provisor de Burgos y la de su padre (2). Nótase en esta capilla un retablo plateresco con pasajes de relieve entero, y en la de la Concepción erigida por D. Alfonso Martín Castro y empezada en 1514, un bello grupo de alabastro de la Virgen y Santa Ana con el niño Jesús y en el segundo cuerpo la crucifixión dentro de un marco del renacimiento.

Fuera de ésta no tiene la villa otra parroquia, pero sí un convento de franciscanos, fundado también por el valido de Felipe III, y memorias de otros destruídos, entre ellos uno de

(1) Probablemente estaban antes en medio, pero fueron arrimadas á los lados con tan poco esmero, que sobre el bulto del caballero de los piés á la cabeza, carga un tabique atravesado. Desbaratáronse las inscripciones, y solamente debajo de la estatua de la dama, vestida con toca y con un perro y un pajecillo á los piés, puede leerse el nombre de *Maria de Ayala*.

(2) Los bultos son de piedra y de tosca escultura. El epitafio del primero dice así: «Aquí yace sepultado el reverendo D. Alfonso de Fuentes provisor y murió año de mil y DXXI años.» El letrero del friso de la capilla añade que *mandó fazer* la capilla y que era «tesorero e canónigo y provisor de la santa iglesia de Burgos, el qual mandó decir una misa todos los viernes del año cantada e quatro memorias cada año, dejó al cabildo tres préstamos; murió primero de agosto.» Ponz menciona otro retablo, fundación de un obispo de Burgos, fray Pascual de Ampudia, que falleció en Roma en 1512 y fué sepultado allí en la Minerva.

Templarios. Ermitas contaba muchas en derredor, y aún retiene su gótica estructura la espaciosa de la Virgen de Arconada, imagen huída milagrosamente de aquel pueblo según la tradición, y objeto de veneración profunda en los contornos. Ceñían á Ampudia fuertes muros, en los cuales se encerró hacia 1298 D. Juan Núñez de Lara contradiciendo la regencia de D.ª María de Molina; pero al acercarse la magnánima reina huyó á Torrelobatón el rebelde, y la villa se rindió. Poseíala á la entrada del siglo XV D. Sancho de Rojas arzobispo de Toledo, y la dió al hijo de su hermana D.ª Inés, al mariscal Pedro García de Herrera, cuya familia la transmitió por enlace á los condes de Salvatierra. Duro, violento, fogoso sostenedor de las Comunidades para satisfacer á merced de las revueltas sus venganzas y sus caprichos, perdióla con sus demás estados y con la vida el último conde D. Pedro de Ayala, desangrado en el castillo de Burgos; más tarde la obtuvo el poderoso duque de Lerma, á cuya protección debió su aumento y sus más insignes prerrogativas.

Un extenso y enmarañado bosque, que atravesado sin seguro guía y en la oscuridad de la noche nos pareció aún más vasto y pavoroso, separa de Ampudia á Dueñas, cuyo numeroso caserío, al trasponer los calcáreos cerros que al poniente la dominan, aparece rodeado de deliciosas alamedas. El Pisuerga y el Carrión juntándose en sus cercanías fecundan una amenísima vega, que se extiende á su levante á modo de matizada alfombra. Tenía Dueñas en lo más alto un castillo que recordaba los antiguos trances de guerra y los diversos señoríos por los cuales ha pasado; tiene un palacio donde acontecieron los primeros sucesos del más glorioso de los reinados, una parroquia monumental digna de ser colegiata, un monasterio de los más célebres y opulentos de la orden benedictina. Su historia aventaja en esplendor á la de muchas ciudades, y como á éstas, se le ha buscado romano abolengo y tradiciones con que ennoblecer su restauración y explicar su etimología.

Nada menos seguro sin embargo que la reducción á Dueñas de la antigua Eldana nombrada entre las vacceas por Tolomeo, y que la heróica defensa que en alguna de las campañas de la reconquista, no se expresa en cuál, opusieron sus mujeres á los sarracenos. El origen de su nombre *Domnas*, más bien que de esta desconocida hazaña, pudiera proceder de algún primitivo convento de religiosas cuya memoria se haya perdido. Poblóla á fines del siglo IX Alfonso el Magno, no fundándola de nuevo sino levantándola de sus ruinas, y en el reinado de su hijo García era ya un fuerte castillo, á cuya sombra erigió este rey el monasterio de San Isidoro; mas no le valió su fortaleza contra las devastaciones impetuosas de Almanzor. Fué dada en arras por Alfonso VIII á Leonor de Inglaterra su esposa; pero osó resistir á la reina Berenguela su hija y al glorioso príncipe que le presentaba, sometida á la orgullosa prepotencia de D. Álvaro de Lara que en breve logró quebrantar el nuevo soberano. Al salir de su menoría Fernando IV hacia 1300, fué Dueñas otra vez teatro de rebeldes ligas entre D. Juan Núñez de Lara y D. Alonso de la Cerda, que en calidad de pretendiente otorgó con larga mano todas sus peticiones á los enviados del rey de Francia. Allí en 1354 se retiró D.ª Juana de Castro á los pocos días de sus bodas con el rey D. Pedro, sin quedarle de su soñada grandeza otra cosa que aquel lugar y el título de reina, con que á disgusto de su pérfido esposo continuó disimulando la injuria hasta su muerte. Un mes de sitio costó á Enrique de Trastamara la toma de Dueñas á fines del año 1367, y al empuñar el cetro la dió en señorío á su dama Leonor Álvarez y á su hija del mismo nombre; poseyéronla después los Vázquez de Acuña, condes de Buendía, y haciéndola cabeza de sus estados la elevaron á su mayor pujanza en el siglo XV.

Al anochecer del 9 de Octubre de 1469 llegaba á Dueñas después de una fatigosa jornada desde Gumiel un gallardo mancebo con semblante más que traje de príncipe, escoltado